



ÁRBOL DEL PARAÍSO
Rafael Bielsa

**EL CANTO
DE LOS AUSENTES**
Claudio Morresi

“Árbol del paraíso” de Rafael Bielsa.
En *Fuga y Misterio: Cuentos de amor y fútbol*,
Buenos Aires, Grupo Ed. Norma, 2008.
© Rafael Bielsa.

“El canto de los ausentes” de Claudio Morresi
© Claudio Morresi

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura



Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

ÁRBOL DEL PARAÍSO

Rafael Bielsa

Después “de almuerzo”, como decía ella, la nonna Mariana nos sacaba las zapatillas y las escondía.

En verano se comía a las doce y media, siempre primer plato, principal y postre. Los tomates son enormes, traídos de la huerta del tío Juancito; el milagro de los huevos con dos yemas de las gallinas de cinco meses que la nonna alimentaba en el corral que estaba detrás del patio; y principalmente la mortadela, con pistachos o mirtos o pimienta negra, de cerdo y asno joven, tan suave y sabrosa como nunca más he vuelto a comerla. Es curiosa la coincidencia, pero la mortadela es llamada así porque los frailes boloñeses pisaban la carne en morteros, y de ese modo se llamaba el pueblo donde mi abuela vivía y nos escondía las zapatillas “después de almuerzo”. Morteros, provincia de Córdoba, donde yo pasaba mis vacaciones.

El plato principal solía ser pollo a la cacerola, que permitía mil variantes. Para mí, por entonces el mundo se dividía entre los que preferían el muslo y los que preferían la pechuga, entre los que tomaban el helado de chocolate y crema americana o los que elegían limón y frutilla, entre aquellos a los que les gustaban las películas de guerra o las de cowboys. Lo mío era la guerra, limón y frutilla y pechuga.

También fideos, al huevo o verdes; y el inolvidable “ropa vieja”, al día siguiente del puchero: una mezcla de las sobras con ajo, limón y aceite de oliva, que no se parecía en nada a sus ancestros sino a sí misma; “ropa vieja”, una deflagración de

sabores en los que ninguno aspiraba al papel estelar y todos juntos nos hacían festejar ruidosamente y alabar a mi abuela. –Zalamero –me decía.

Esa armonía perfecta entre los alimentos evoca otra, la de los equipos cuando funcionaban como tales. Un funcionamiento que no necesita de estrellas, como bien lo dijo Alfredo di Stéfano: “Ningún jugador es tan bueno como todos juntos”. Fraternidades de dos artes.

El postre habitualmente eran frutas, y excepcionalmente sangría, trozos de durazno tierno con su jugo, soda, vino tinto y azúcar molida a granel. La nonna, a veces, le agregaba cáscara de naranja y canela, pero yo le pedía que a mi vaso lo dejara sin esos ingredientes.

A las cinco de la tarde la casa recuperaba poco a poco su movimiento habitual. Los chicos nos bañábamos, aunque no todos los días; pero sí nos obligaban a frotarnos enérgicamente con agua el cuello, los sobacos, detrás de las orejas y peinarnos el pelo mojado, a la mañana y después de la siesta.

Mis dos tías, el mayor, el moro, el negro caminaban unos pasos hasta la escribanía; y el menor, el dorado, el piamontés, los mismos pasos hasta el estudio de abogado del pueblo. Las mujeres hablaban entre sí articulando esas manos que parecían seres vivientes y autónomos, y nosotros nos íbamos hasta el Club Tiro Federal a encontrarnos con amigos, nadar en la pileta, o a enamorarnos por algunas horas. La ficha del amor niño: un aguacero rabioso que nos mantenía insomnes y que clareaba con el ascenso del alba. En el agua matinal, los manotazos nocturnos del enamorado eran ya los de un nadador hecho y derecho.

Al anochecer, las campanas de la iglesia con los muros sin revocar tañían el angelus (todavía lo recuerdo: Angelus Domini nuntiavit Mariae, / Et concepit de Spiritu Sancto / Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen).

A esa hora, de vez en cuando, nos dejábamos caer por el Belgrano, el bar donde se reunían los tíos con sus amigos: el Chuni Mazzuca, el fotógrafo; el Petiso Galina, al que la nonna nunca logró querer porque era lasciva y provocativamente mujeriego, y Amado Fenoglio, cuyas hijas pasaban por ser las más hermosas del pueblo. A veces jugaban a las cartas y tomaban un vermú que, según mi tío más joven, Hipócrates recetaba como un eficaz remedio para la enfermedad de la melancolía; otras veces cambiaban de tema al vernos llegar –en esos momentos, el Petiso siempre reprimía una carcajada– y a mí me gustaba cuando discutían sobre tango.

Mi tío mayor era el que más sabía, y el único que defendía a Piazzolla, apellido que los demás censuraban. A pesar de su aspecto severo y pausado, era el que tenía la mente más fresca, libre de todo tipo de prejuicios, una naturaleza de artista con un fuerte deseo de independencia, que siempre encontraba algo de valor real donde nadie lo había advertido, hasta que él lo hacía notar. Floreal Ruiz, Héctor Mauré, Jorge Durán, Chola Luna, Osmar Maderna, Julián Plaza, eran los nombres que yo me grababa a fuego para luego escucharlos en el radio tocadiscos Kolster Oklahoma que estaba en la habitación principal de la casa.

También me gustaba que contaran cosas que según ellos nadie sabía, que habían averiguado por parientes directos o amigos íntimos de las estrellas, como por ejemplo que las mejo-

res composiciones de Julián Plaza eran inéditas porque su esposa, una mujer muy celosa –pero evidentemente con un exquisito gusto musical– no se las dejaba ejecutar, o que Rodolfo Biagi se daba la biaba con tintura para el cabello perfumada al agua colonial La Carmela, que se vendía en el pueblo en unos frascos de vidrio blanco con tapón de goma y una administración impresa sobre la etiqueta roja: “Úsese con cuidado”.

Por las noches era frecuente cenar torrijas, porque la nonna no desperdiciaba nada, y un postre exquisito que consistía en remojar el pan que se iba endureciendo con leche y ponerlo a la sartén cubierto con miel; un recurso que mi abuela llamaba “niños pobres”. Después sacábamos unas sillas a la vereda, para tomar “el fresco”, hasta que el sueño nos vencía.

Al día siguiente solíamos despertarnos con el sonido de la bomba de agua, que extraía del pozo blandos chorros refulgentes bajo el enrejado de vides, y la rutina recomenzaba, aunque para un niño lo mismo nunca es igual.

Hasta que llegaba el mediodía, el almuerzo, y el inexorable secuestro de zapatillas. Yo solía usar unas sandalias de plástico flexible, blancas y eternas. Me acuerdo de la propaganda: “Tenía un problema y hallé la solución / con un calzado Skippy de larga duración. / Es fantástico, es elástico, es de plástico, / es calzado Skiiiiiiipy”.

La siesta era sagrada. Cuando la nonna se despertaba por la mañana, todavía no había aclarado. Y para nosotros, la hora de la siesta, encerrados en una casa con las persianas veladas, era una verdadera tortura.

Después de haber intentado convencernos, de castigarnos, de prometernos los peores males del infierno, sin lograr que no nos escapáramos, las mujeres del barrio entero se pusieron de

acuerdo en esconder nuestras zapatillas hasta las cinco, confiadas en la casi incandescencia del suelo durante esas horas cortantes. Todas se parecían –jóvenes y mayores– a mi nonna, y dormían esas horas con la entrega y la profundidad simple y gozosa que provoca el cansancio físico.

De modo que se trataba de tirarme en el piso fresco de baldosas del cuarto donde estaba el Kolster Oklahoma, hacerme el dormido y esperar a que los primeros ronquidos me dieran alguna valentía.

Salía entonces al resplandor de la vereda, que me mostraba los colores más tersos e intensos, porque eran los colores de la libertad condicional, miraba a los costados la plaza vacía con sus rosales, sus tilos, sus moreras y el templete en el centro donde a veces tocaban unos músicos municipales, y corría cincuenta metros hasta el depósito del padre del Dante.

Allí ya me estaban esperando, todos “en patas”: el Dante, Carlitos, Audacia, como le decíamos, y el Enzo, a quien mi abuela había sentenciado:

–Poveraccio, ¡comm’è babbacio! [¡pobrecito, ¡qué pavo es!]

Cuando mi hermano venía de vacaciones conmigo, éramos cinco.

La bodega tenía dos puertas enormes de madera, e íbamos pasando a través de una hendidura para que no chirriaran. El enorme patio de tierra apisonada y arena, donde los carros se estacionaban, era la cancha. Atrás estaba el galpón con las dos tinajas donde se almacenaba el vino a granel que vendía el padre del Dante; era un lugar fresco, con un sistema para conservar la temperatura, que requería de unos enormes blo-

ques de hielo que traían envueltos en lonas de arpillera. Un olor agrio y dulzón, el olor del vino suelto reposando, anegaba el depósito.

En el patio, compartía su copa plateada con el interior y el exterior un paraíso, cuyos frutos, duros y redondos, usábamos de proyectiles para nuestras gomeras, antes de que maduraran y se ablandaran. Ver la mitad de esa melena estremecida y agradecida por la luz de enero arrojando sombra sobre la vereda, cuando estaba a metros de llegar a la puerta, me llenaba de una alegría provocativa que jamás he vuelto a sentir. En el otro extremo del patio se acumulaban unos armazones de alambre para colocar las botellas, y el resto era algún lejano alboroto fugaz en algún gallinero, una locomotora errando sobre el terraplén, una avioneta que devanaba su cantinela por el azul impávido, y el techo a dos aguas del galpón, como una llaga de luz de cinc.

Jugábamos en mitad de un silencio ardiente como un juramento inconfesable, con una pelota de cuero número tres. Todavía siento bajo la planta del pie el roce áspero y gastado de los gajos rodando sobre la arena, en los tobillos la caricia infantil de un quite rival. Jugábamos con la intransigencia de los niños, con una alegría briosa, en una complicidad claustral que nos hacía pecadores sobre una balda que nos conduciría a todos al castigo o a la redención.

Movernos procurando el sigilo, participar de ese pacto nos hacía mejores a todos, y esa fiesta sólo nos era arrebatada como por un viento taurino y fatal que arrojaba la felicidad a nuestras espaldas cuando calculábamos que ya había pasado demasiado tiempo, y que cada uno tenía que volver a su casa a afrontar el resultado de la huida.

A pesar de algunas preguntas capciosas, y de alguno que

otro raspón que atribuíamos a diversas causas, aquello duró dos veranos. Era una aventura minúscula, pero capaz de un extraordinario consuelo. El final llegó, lo supimos cuando el Dante, incapaz de soportar el minucioso interrogatorio, le confesó al padre el juego en que andábamos, y después de propinarle una paliza, su padre informó a todos nuestros parientes. No sé cuál fue mi castigo puntual, pero sí cuál fue el peor.

Como un actor de teatro que ya conoce su propio futuro, supe instantáneamente que nada nunca volvería a ser igual.

Igual, sólo el paraíso. Ni las casas, ni las veredas, ni la dicha, ni nosotros. Nada en mí volvió a ser igual.

EL CANTO DE LOS AUSENTES*

Claudio Morresi

... 30.000 personas van a concurrir a la cancha. Los jugadores, yendo por el túnel, piensan encontrar un estadio repleto.

Cuando en el centro del campo, los equipos levantan la vista para saludar a las hinchadas, notan que las tribunas están tenebrosamente vacías.

En ese momento recuerdan que hoy es 24 de marzo y se cumplen 20 años del golpe militar que institucionalizó el terrorismo de Estado.

En la tribuna Sur, que alberga a miles de personas, faltan los hinchas de Boca y River que fueron secuestrados de sus domicilios o lugares de trabajo, alojados en centros clandestinos de

* Escrito con motivo de cumplirse 20 años del último golpe de estado en la Argentina.

detención y, luego de varias sesiones de tortura, arrojados desde aviones al mar.

En la tribuna Norte, no se encuentran los hinchas de Racing e Independiente que luego de pasar por el mismo calvario del secuestro y la tortura, fueron acribillados a balazos y sus cadáveres esparcidos en descampados.

En la tribuna Este, no figuran los hinchas de Huracán y San Lorenzo, encontrados años después en fosas comunes. Exterminados en las formas más perversas.

En la tribuna Oeste, no están las hinchas de Rosario y Newell's. Esperaron que parieran para matarlas y quedarse con sus hijos como botín de guerra.

En esas épocas, los familiares de los desaparecidos buscaron una respuesta a la ausencia de sus seres queridos.

Aquellos que se adjudicaron ser los dueños de la vida y de la muerte ocultaron toda información.

Fue tanta la barbarie, tantas las atrocidades cometidas, que siguen escondiendo el verdadero final de sus víctimas.

El 24 de marzo de 1976 comenzaba la masacre más feroz, cobarde y sangrienta de la historia argentina.

Veinte años después, se juega otra fecha del campeonato.

Los que vayamos a la cancha, los que escuchemos el partido por la radio o los que veamos a la noche los goles por tv... No podremos olvidar lo que pasó en la Argentina.

En nuestra memoria tiene que estar presente todo lo ocurrido.

Transmitirlo a las generaciones que vienen, con el nombre y apellido de los culpables.

Sabiendo que es lo único que garantizará que no vuelva a ocurrir Nunca Más.

En el estadio vacío, el partido está por comenzar.

Los jugadores empiezan a sentir cómo baja de las tribunas desiertas, el aliento de las hinchadas.

Son 30.000 voces que no paran de cantar.

RAFAEL BIELSA

Nació en Rosario, Santa Fe, el 15 de febrero de 1953, y pasó gran parte de su infancia en Morteros, provincia de Córdoba, ciudad donde nació su madre. Abogado, político y escritor, es nieto del jurista Rafael Bielsa y hermano de Marcelo Bielsa, ex entrenador de la Selección de fútbol de Argentina y luego director técnico de la Selección de Chile. Cursó Derecho en la Universidad de Rosario. Durante la dictadura, viajó exiliado a Estados Unidos y luego a España. A su regreso a la Argentina, se dedicó a la función pública en distintos ámbitos. Dirigió proyectos financiados por Naciones Unidas, Banco Interamericano de Desarrollo y Banco Mundial. Desde 2003 a 2005 fue ministro de Relaciones Exteriores; luego, Diputado de la Nación.

Ha publicado numerosas obras en el ámbito del Derecho; también incursionó en el terreno de la literatura: es autor de los libros de poemas *Tendré que volver cerca de las tres*, *Cerro Wenceslao* y *Esplendor*; de relatos: *Sombras nada más*, *Fuga* y *misterio*. *Cuentos de amor y fútbol*. En 2003, junto al escritor y periodista Eduardo van der Kooy, publicó *Cien años de vida en Rojo y Negro*, una historia del Club Atlético Newell's Old Boys.

CLAUDIO MORRESI

Nació el 30 de abril de 1962 en la Ciudad de Buenos Aires.

Su trayectoria deportiva va desde su desempeño como jugador de fútbol (Selección Juvenil Sudamericana de Ecuador y Selección Juvenil Mundial de Australia en 1981; pasando por Huracán, River, Independiente Santa Fe de Bogotá, Vélez, Santos de Torreón de México y Platense), hasta su regreso a Huracán en 1993 para ser entrenador de Juveniles, luego técnico interino en Primera (2003).

En cuanto a su trayectoria como funcionario, a partir de julio de 2004 ocupó el cargo de Secretario de Deporte de la Nación.

También es elogiado su militancia en organismos de Derechos Humanos. Como querrelante en Italia, en el juicio que posibilitó la condena a cadena perpetua del ex general Guillermo Suárez Mason, por secuestro, tortura y homicidio; y como permanente colaborador en Abuelas de Plaza de Mayo. Tiene un hermano que fue desaparecido durante la última dictadura militar.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TV Pública
CANALSiete

Fútbol para tod@s